

gun día ocupasen los primeros puestos de un reino terrestre; les dispone destino á medida de su gusto, sin atender á si los divinos decretos son conformes á la temeridad de sus esperanzas; no consulta mas que á los excesos de su maternal amor, y sin reflexionar si la elevacion en que quiere colocar á sus hijos es el estado que Jesucristo les tiene preparado, los ensalza, y quiere sentarlos por sus propias manos sobre unos tronos imaginarios, y usurpa los derechos de Dios, que es el único árbitro de la suerte de los hombres.

Sí, católicos, solamente Dios que ve nuestros corazon es y que desde el principio ha señalado el camino por donde quiere conducirnos, es quien puede inspirarnos la eleccion; á él solo pertenece llamarnos al estado en que nos ha preparado en sus eternos consejos los medios para nuestra salvacion; á él solo debemos consultar en un negocio en que él solo nos puede iluminar y guiar. Las costumbres, las pasiones, las circunstancias de la riqueza, del puesto, del nacimiento, que son las que regularmente tienen mas parte en la eleccion de estado, son unas guias falaces, que casi siempre son causa de que nos engañemos; y como el engaño en esta materia es el mas irreparable de todos, os quiero manifestar hoy las reglas de la fe en un punto tan importante de la doctrina cristiana.

Es verdad que la mayor parte de los que me oyen ya han hecho eleccion de estado, por lo que no les es permitido elegir otro nuevo; pero me parece que no será inútil el manifestarlos en el defecto de la vocacion la primera raiz de sus infidelidades á las obligaciones de su estado, ó para que enmienden con abundantes lágrimas la imprudencia de su eleccion, ó para que respetando el orden de Dios en los diversos caminos que ha señalado á los hombres, no se

hagan árbitros de la suerte de sus hijos, porque ésta está en las manos del Señor.

Este, pues, es todo el asunto de mi discurso. La eleccion de estado es entre todas las circunstancias de la vida, en la que con mas frecuencia se introduce el engaño. La eleccion de estado es entre todas las circunstancias de la vida, en la que mas debe temerse el engaño. Lo raro de una vocacion verdadera y los peligros de una vocacion falsa, son los puntos en que pretendo instruiros. Imploramos, etc. *Ave Maria.*

PRIMERA PARTE.

La santidad es la general vocacion de todos los fieles, y el Señor nos ha llamado á todos, hablando con el apóstol, para que seamos santos y puros en su presencia. No obstante, el camino para llegar á este feliz término no es uno mismo respecto de todos los hombres; esta vida es una tierra extraña, en donde hay diferentes é infinitas sendas, por las que caminamos todos nosotros como pasajeros hácia la celestial patria; pero no podemos caminar con seguridad sino cuando la mano de Dios nos ha colocado en ellas.

Y á la verdad, católicos, la razon y la fe nos prohiben igualmente el pensar que el Señor despues de habernos llamado á la luz del Evangelio, haciéndonos nacer de padres fieles, no ha querido mezclarse, por decirlo así, en nuestra suerte, y que sin determinar cosa alguna en orden al género de vida y al estado en que queria que obrásemos nuestra salvacion, nos ha dejado de tal modo en manos de nuestro consejo, que haya fiado únicamente á nuestro capricho una eleccion tan decisiva para nuestra eternidad.

Dije primeramente, que es contra la razon; porque esto seria figurarnos, como aquellos locos filósofos, una divinidad insensible, que deja al acaso y á la ventura el cuidado de las cosas de la tierra; que no tiene en sus manos las suertes de los hombres, que sigue el curso de las revoluciones humanas, sin darlas ella misma el movimiento; que se deja llevar del impulso casual y fortuito; que mueve á este grande universo sin gobernarle ni guiarle, y que mas es esclava, que gobernadora de los sucesos. Seria quitarle aquella atenta providencia y aquella universal sabiduría que dispone de todo desde el uno hasta el otro extremo de la tierra, con peso, con número y con medida; que forma aquella armonía y aquel orden admirable en el que es preciso conocer un Sér Supremo é intelectual, que por unos inexplicables caminos lleva todas las cosas á su fin. Seria, en una palabra, ó darnos un universo de hombres sin Dios, ó un Dios mas flaco y despreciable que el hombre.

Dije en segundo lugar, que es contra la fe; porque la eleccion de los justos no es mas que la eterna disposicion de los medios que deben infaliblemente libertarlos; y siendo el principal de estos la eleccion de estado, debió sin duda incluirse en aquella voluntad misericordiosa, que les ha preparado los caminos seguros para la salvacion; y por otra parte, debiendo tambien servir la suerte de los malos, en los designios de Dios, para mil secretos fines en orden á la salud eterna de los justos, debió tambien entrar en el plan eterno de su justificacion, y ser igualmente decretada desde el principio, como la misma suerte de los escogidos. Es pues indubitable que antes que naciósemos habia señalado el Señor para cada uno de nosotros el plan de nuestras suertes y el camino de nuestra eternidad, por decirlo así; que entre los muchos caminos que forman las diversas condicio-

nes de la sociedad, no hay mas que uno para nosotros, y que aquel es por donde Dios quiere salvarnos.

No obstante lo cierto de estas verdades, es indubitable que las mas veces no es el camino que nosotros nos escogemos el que Dios nos habia preparado desde el principio, y que entre todas las circunstancias de la vida en ninguna es el engaño mas frecuente que en la eleccion de estado. Vosotros, católicos, sereis de este mismo dictámen, si quereis considerar la naturaleza de esta eleccion y las esenciales circunstancias que deben acompañarla. Primeramente, las pasiones y la preocupacion hacen que en este punto sean mas frecuentes los engaños, y nunca pueden ser excesivas la circunspeccion y madurez en este particular. En segundo lugar, esta eleccion depende de los fines de Dios para con nosotros, y así no debe decidir de ella el orden de la naturaleza. En tercer lugar, tambien depende de ella la felicidad y descanso de nuestra vida, y así es preciso atender en esta eleccion á nuestro gusto mas que al ajeno, y nunca contar con el respeto humano. Finalmente, es el único camino que nos guia á la salvacion, y así, el principal cuidado de esta eleccion deben ser las felicidades y provechos que nos pueden resultar en orden á nuestros eternos intereses. Ahora bien, católicos, ¿dónde están los que en la eleccion de estado observan todas estas condiciones? Pues inferid qué engaños no habrá en ella. La inconsideracion, la costumbre, el respeto humano y la concupiscencia, son el peso que hace inclinar la balanza en los diversos destinos de los hombres; y si queremos registrar los primeros fines que decidieron de nuestra vocacion, acaso no habrá entre los presentes quien no halle su principio en alguna de estas venenosas raíces.

Y primeramente, católicos, ¿hay asunto en toda nuestra

vida en que se necesite de mas madurez, de mas cuidado, de mas atencion, que en esta eleccion de que hablamos? ¿qué conocimiento no debe tener uno de sí mismo, para que las inclinaciones no desapruében despues la resolucion? ¿qué continuas y fervorosas oraciones no debieran preceder á esta grande accion, para que el Señor se dignase manifestarnos sus caminos? ¿con qué inocencia de costumbres no debiéramos prepararnos para inclinar al cielo con estas santas primicias de nuestra vida, á que él mismo nos colocase en aquel camino en que únicamente podemos concluir con felicidad nuestra carrera?

No obstante, esta eleccion suele hacerse en una edad en la que apenas se halla la razon capaz de conocer, y por consiguiente mucho menos de elegir. Un punto en que la mas atenta circunspeccion, debiera temer el engañarse siempre es obra de las diversiones y de los gustos pueriles de la infancia; apenas empezamos á forjar las primeras voces, cuando ya determinamos el negocio mas sério de la vida, y las irrevocables palabras que deciden nuestra suerte son las primeras que nos enseñan á formar, aun antes que hayamos aprendido á entenderlas: acostumbran anticipadamente á nuestro tierno entendimiento á estas ideas que le sugieren, y la eleccion de estado no es mas que una impresion recibida desde la niñez; y así, antes que se manifiesten nuestras inclinaciones y que sepamos lo que somos, entramos en unas obligaciones eternas, y determinamos lo que hemos de ser para siempre.

Y aun cuando se espere á una edad mas madura para elegir estado, tampoco son mas serios los cuidados que en esto se ponen, sino que regularmente la ocasion ó la casualidad deciden de la eleccion. Una sagrada dignidad que no esperábamos nos despoja inmediatamente de la ignomi-

nia del siglo y nos coloca en el lugar santo. La muerte de un hermano mayor muda nuestros intentos y nos vuelve al mundo que acabábamos de dejar, y nuestra vocacion para el altar espira á proporcion que vemos renacer nuevas esperanzas en la tierra. Un enfado es muchas veces todo el motivo de apartarnos repentinamente del mundo y de precipitarnos en el retiro; una conexion de amistad nos hace seguir la fortuna y la suerte de un amigo; finalmente, entre todas las elecciones ninguna hay en que tenga menos parte la prudencia cristiana que en la del estado, y por eso no hay alguna en que sean mas frecuentes los engaños. Porque ¿cómo no quereis engañaros en una eleccion tan grave y decisiva, cuando en ella os valeis de menos precauciones que en las acciones de menos importancia de vuestra vida? ¿Y cómo habeis de conocer los designios de Dios en orden á vuestra suerte, si no os dignais de consultarle ni contais con su Majestad en la que os formais á vosotros mismos?

Y en esto, católicos, vosotros á quienes Dios ha constituido cabezas de vuestras familias, en esto no teneis escusa. ¿Enseñais á vuestros hijos á que desde su tierna edad hagan al Señor aquella oracion del profeta: *Señor, enseñadme vuestros caminos, y manifestadme las sendas por donde me quereis guiar?*¹ ¿Pedís al cielo continuamente que se explique en orden á su destino? Decís al Señor, como en otro tiempo los apóstoles, Señor, vos que conoceis el corazón de todos los hombres, manifestadnos cuál de estos hijos habeis elegido? *Ostende quem elegeris.*² ¿Haceis que su tierno entendimiento se dedique á contemplar lo impor-

1 Psalm. 24. v. 4.

2 Act. 1. v. 24.

tante de esta eleccion? ¿Les dais suficientemente á conocer que de ella depende su salud eterna, y que nunca pueden ser demasiadas las precauciones en un asunto en que son irreparables las faltas? ¿Les enseñais á que juzguen de la vocacion del cielo, no por las locas costumbres del mundo, sino por las reglas de la fe, por aquella inclinacion á cierto estado, que nace con nosotros mismos, y que parece nos la imprimió el Autor de la naturaleza; por los talentos que parece nos destinan á él; por las impresiones de la gracia que no cesa de aficionarnos á él secretamente; por la pureza de los motivos que nos determinan á abrazarle; por la naturaleza de nuestras inclinaciones, que nos minoran en él los peligros; y finalmente, por el consejo de aquellos á quienes confiamos nuestra conciencia, y que conociendo lo íntimo de nuestra alma, se hallan con mas proporcion para poder conocer los caminos que nos convienen? ¿Qué padres hay que se ocupen en unos cuidados tan cristianos é indispensables? ¡Ah! Antes procuran no dar á sus hijos unas instrucciones de las que les pesaria que se aprovecharan: procurarán apartarlos de los lugares y de las personas donde pudieran recibirlas; siempre les están exagerando los inconvenientes del estado que se opone á los intereses de su casa, y ponderando las utilidades y contentos de aquel á que los destinan; y solamente se valen de sus pasiones para inspirarlos una eleccion que les debiera servir para vencerlas.

Segunda raíz de nuestros engaños en la eleccion de estado. Esta eleccion, que únicamente depende de los fines de Dios para con nosotros, por lo comun solamente es obra de la naturaleza. No se atiende á otra señal de vocacion mas que á la clase del nacimiento ó al estado de la fortuna. Nos persuadimos á que en estos sucesos, puramente huma-

nos, ha delineado Dios el plan de nuestro eterno destino; que el ser primogénito de una familia es lo mismo que haber sido escogido del cielo para suceder en los títulos y dignidades de nuestros mayores; que el ser el segundo de la casa de nuestros padres, es un derecho que nos abre la puerta de la del Señor, y que un nacimiento muy ilustre con una mediana fortuna, es una precision inevitable de escoger á Jesucristo por su esposo.

Confieso que la divina sabiduría se vale algunas veces de estas señales humanas para manifestarnos desde lejos y cumplir en nosotros los fines de su misericordia; que las circunstancias del nacimiento, del nombre, de la fortuna, pueden ser medios adorables que nos preparó su bondad desde el principio de los siglos para facilitarnos la eleccion del estado á que nos destina, y que muchas veces nuestra situacion temporal es la primera gracia que nos dispone para la eternidad; pero esta regla no es segura ni universal. Muchas veces un Jacob es llamado á las bendiciones de la primogenitura, al mismo tiempo que á Esaú se le destina la menor parte. Muchas veces un David, último de su familia, es ungido con la uncion santa, y declarado rey de Israel, al mismo tiempo que sus hermanos, con prendas mas estimables á los ojos del mundo, quedan en una condicion oscura y privada. Muchas veces un Aarón, no obstante su mayor edad, es llamado al sacerdocio, y Moisés, su hermano menor, es declarado del cielo por jefe de los ejércitos, del Señor. ¡Ah! ¿qué conexion puede tener la vocacion que es un don gratuito del cielo, con el curso inevitable de una descendencia carnal? ¿Qué conexion puede haber entre los intereses sensuales y los incomprendibles misterios de la gracia? ¿Por ventura ha sujetado Dios sus eternos designios de misericordia al capricho de las disposicio-